

DESDE la República de Weimar no se recordaba nada igual. Cerca de 100.000 obreros de las mayores acerías del Ruhr, en la calle durante semanas: unos, por huelga; otros, a consecuencia del "lock-out" decidido por los patronos como represalia contra los primeros. Y, simultáneamente, cientos de acciones de solidaridad de trabajadores de otros sectores en toda la región. La paz social, uno de los factores clave del tan cacareado "milagro alemán", había quedado rota por decisión mayoritaria entre los 208.000 metalúrgicos de Nordrhein-Westfalen, Bremen y Osnabrück. Decisión que acabaría costando cada semana a la central del ramo, la más poderosa del país, más de 15 millones de marcos. Esto habría podido hundir a cualquier otro sindicato que no fuera la IG Metall, que dirige Eugen Loderer, amigo personal de Brandt y de Schmidt.

¿Por qué fueron a la huelga —y a una huelga tan larga y dura— los metalúrgicos del Ruhr? No por un par de semanas más de vacaciones pagadas al año, que eso estaban dispuestos a concedérselo desde el primer momento los empresarios. Tampoco por un simple aumento de sueldo, que no hubiera costado trabajo conseguir. Su objetivo era más ambicioso: sustituir la actual semana laboral de cuarenta horas por otra de sólo treinta y cinco. Esto no lo exigían, por supuesto, de forma inmediata, sino escalonadamente, a lo largo de cinco años.

Pero los patronos habían hecho sus cuentas. Con semejante reducción, el costo de la mano de obra se elevaría en un 19 por ciento. Lo que, según ellos, limitaría fatalmente la competitividad de los productos alemanes en otros mercados.

Los cálculos de los trabajadores eran de otro orden. Para ellos, la reivindicación de la semana de treinta y cinco horas tenía un importante objetivo social: absorber, mediante la introducción de un nuevo turno, parte del paro hoy existente (1). Los metalúrgicos se reafirmaron aún más en sus posiciones al ver cómo en su congreso del pasado diciembre, en Colonia, el Partido Socialdemócrata decidía incluir las treinta y cinco horas en su programa para las elecciones europeas.

Los patronos no estaban dispuestos, sin embargo, a ceder. Temían sobre todo crear un precedente. Si ahora cedían, mañana las treinta y cinco horas podían

fácilmente convertirse en treinta y dos o treinta. Y la reivindicación podía extenderse además a otros sectores.

Para salir del punto muerto en que se encontraban las negociaciones hubo que recurrir a un árbitro oficial, el ministro de Trabajo del land afectado. Por fin, la semana pasada, a los cuarenta y cuatro días de iniciado el conflicto, y cuando se consideraba ya la posibilidad de que interviniese el propio canciller Schmidt, los trabajadores votaron por la vuelta al trabajo.

Los metalúrgicos del Ruhr no han conseguido mucho más de lo que estaban dispuestos a ofrecerles desde el principio los empresarios. Un aumento anual del 3,2 por 100, seis semanas de vacaciones pagadas para 1982 y ciertas condiciones especiales para los

que trabajan en turnos de noche o han cumplido los cincuenta. Demasiado ruido para tan pocas nuevas: la semana de treinta y cinco horas pertenece todavía al terreno de lo utópico.

Claro que los metalúrgicos alemanes no son los únicos en plantearse esa reducción de la jornada laboral como forma de mitigar el paro. También los trabajadores italianos del sector exigen una semana laboral más corta: de treinta y ocho horas (treinta y seis para los trabajos más pesados), y la introducción de un quinto turno en la fábrica.

Y a su vez, los patronos, agrupados en la Confindustria, se han negado a ello con explicaciones similares a las ofrecidas por los de la RFA. Imposible conceder lo que pide el sindicato, pues se encajearía exageradamente la mano

de obra, se desaceleraría aún más la economía y, en lugar de crearse nuevos puestos de trabajo, aumentaría el paro.

La situación es parecida en Francia. Allí rige también actualmente la semana de cuarenta horas. Lo cual no excluye que más de la mitad de la población laboral activa las supere, y que casi el 18 por 100 de la misma trabaje más de cuarenta y cuatro horas. También allí los sindicatos se proponen llegar a las treinta y cinco horas y a la quinta semana de vacaciones pagadas al año.

En todos los casos, los empresarios saben, a través de experiencias anteriores, que cuando la jornada laboral se acorta, la productividad aumenta. La explicación es sencilla: con el horario se reduce la fatiga del trabajador, se limitan los riesgos de accidente y enfermedad, y, como consecuencia de todo ello, el absentismo laboral disminuye. Pero tales argumentos no convencen ya a la patronal, cuyo desideratum sería en cualquier caso reducir, sí, la jornada de trabajo, pero disminuir de modo equivalente los salarios. Lo que ni los obreros ni los sindicatos están dispuestos siquiera a considerar. Como tampoco están dispuestos a que —caso de concederse finalmente— la reducción lleve como contrapartida un aumento en la intensidad del ritmo de trabajo. En ese caso, jamás se solucionaría el problema del paro.

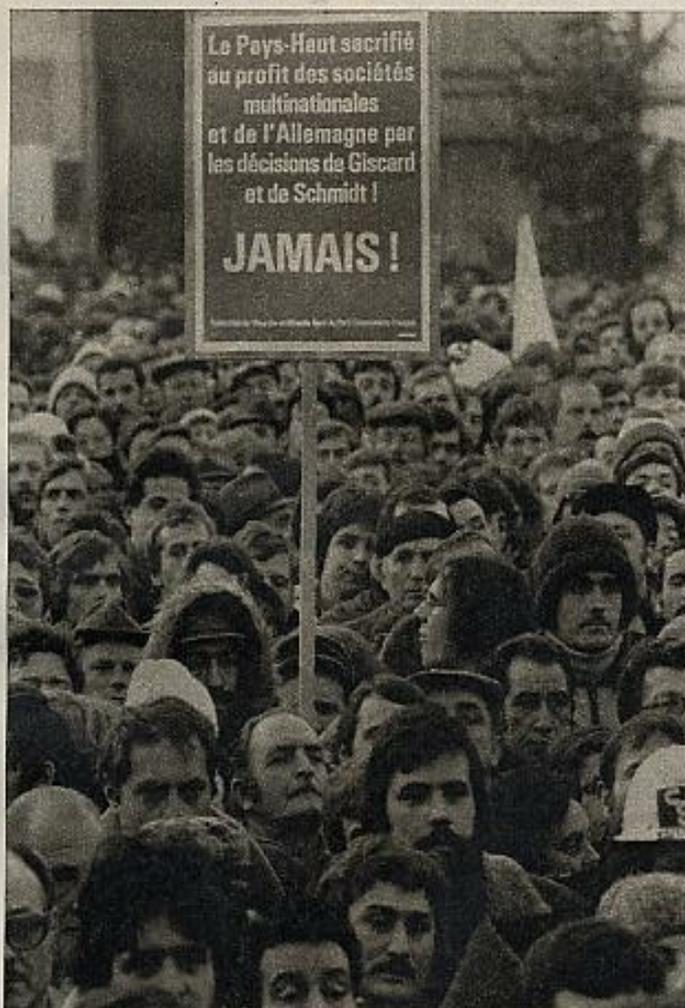
Además, argumentan los sindicatos, que han hecho también números, hablar de una semana de treinta y cinco o cuarenta horas es siempre relativo, porque esas cantidades no incluyen el tiempo empleado por el trabajador en trasladarse de su casa al trabajo y viceversa, o en pausas para la comida. En Francia, por ejemplo, de 1974, señalaban en diez a once horas, según se tratase de trabajadores de cuello blanco o manuales, la jornada real de trabajo; es decir, teniendo en cuenta los otros factores señalados.

Patronos y sindicatos manejan la mayor parte de las veces cantidades heterogéneas. Ahora, los patronos franceses tratan astutamente de sustituir el concepto de semana laboral por otro, mucho más ambiguo, de horas trabajadas al año. Su objetivo, más o menos declarado, es el de acabar con la rígida reglamentación de horarios y turnos que, según ellos, existe actualmente. Les gustaría poder establecer en su lugar horarios-fuelle que se ajustasen a las necesidades de la producción: es decir, que pudiesen prolongarse en las épocas de abundancia y acortarse en las de crisis. Lo que sería perfectamente legal con tal de que, al cabo del año, no se superase el tope de horas fijado. Como estrategia empresarial, ¿qué les parece? ■

LABORAL

¿Treinta y cinco horas o jornada fuelle?

JOAQUIN RABAGO



Los trabajadoras de la siderúrgica Usinor se manifiestan contra el despido de cerca de 8.000 compañeros en Longwy, Francia.

(1) Novecientos veintisiete mil parados, según las últimas estadísticas —de este mismo año—, lo cual representa un 3,6 por 100 de la población activa, el porcentaje más bajo de la CEE, cuya media es de un 5,6 por ciento, con excepción del minúsculo ducado de Luxemburgo.